

# UN CALEUCHANO DE CORAZON

Por  
Mario ESPINOZA Gacitúa

Homenaje de recuerdo a un hombre que admiró con profundo cariño a la Armada.

Hace años, un matrimonio procedente del sur, sentó sus reales en el puerto de Coquimbo; estaba formado por Don Carlos Stack Valdés y doña Julieta Gacitúa de Stack. Tuvieron varios hijos, uno de los menores luce el honroso uniforme del Ejército de nuestra patria, llevando sobre sus hombros las presillas correspondientes al grado de mayor.

Don Carlos era un hombre afable, caballero a carta cabal, de aspecto churchilliano y quizás por su ancestro irlandés o por haberse educado en el Mac Kay School del puerto, sentía profunda devoción por el mar, el que supo retribuirle su cariño, facilitándole sus actividades comerciales tan íntimamente ligadas a las comunicaciones marítimas.

Pero si era grande la admiración arrojadora que lo apasionaba frente a la inmensidad del océano, mucho mayor era la que sentía por la Marina chilena. El arribo de la flota o de un buque de guerra, constituía en don Carlos su mayor felicidad.

Conocía a todos los almirantes y comandantes de buques y otorgaba el afecto de un sincero amigo a cada oficial, aun a aquellos que no habían tenido todavía ocasión de tratarlo.

Cuando fondeaba la escuadra, el ayudante del Comandante en Jefe bajaba a

tierra cumpliendo la misión de invitarlo a bordo, donde en la cámara del almirante era esperado por toda la plana mayor. A su vez, él ofrecía los días festivos, un cocktail en el Club Social o un almuerzo campestre de numerosa concurrencia, alternando estas atenciones, durante la semana, con agradables veladas en su propio hogar.

De esta manera permanecía siempre abierta la casa de don Carlos, donde se cultivaba el arte en muchas de sus manifestaciones y muy en especial, en la buena música. Sus hijos mayores eran pianistas que creaban su propia melodía, mostrando particular inclinación hacia el folklore nacional; sus hijas eran afectas al ballet y entre todo este conjunto sobresalía doña Julieta que, complementaba su título de concertista en piano con una hermosa voz de soprano con que deleitaba a sus invitados. Estas gratísimas reuniones se matizaban con deliciosas mistelas ofrecidas a las damas y gente joven, mientras un buen scotch y algún habano ratificaba el brindis de los caballeros.

Cuentan, y así debe haber sucedido, que un almirante, en ceremonia efectuada en el buque insignia, le confirió, a manera simbólica, el honroso título de comodoro de la flota.

Cuando las olas caleuchanas se asentaron en las playas de Coquimbo dando estructura, dentro de su corporación, a esta nueva capitanía destinada a reunir a connavegantes del puerto y La Serena, entre las primeras solicitudes de ingreso se encontró la de Don Carlos Stack, cuyo extraordinario "curriculum vitae" constituyó un sobresaliente mérito para saltar la etapa del cucalón, embarcándose como cadete activo. Desde el día que a Don Carlos se le engrilletara la insignia de caleuchano, su figura fue infaltable a todas las reuniones del Centro.

Constituía un hecho característico, en las proximidades del mes de mayo, escuchar al cadete Stack consultarle al brigadier mayor si habría Bogatún de Combate para el aniversario de la epopeya de Iquique.

—Por supuesto— se le respondía —, tendremos bogatún como todos los años.

—¿Vendrá para ese día un buque de la Armada?

—No se podría garantizar, pero en todo caso, es grato informarle que despachamos carta a los Comandantes en Jefe de la Armada y de la Escuadra, solicitándoles la permanencia en nuestro puerto, de un buque de guerra para solemnizar los actos recordatorios del día de las Glorias Navales de Chile.

Las inclemencias del tiempo transformaron en su transcurso al cadete Stack en un anciano, impidiéndole en las proximidades de un mes de mayo, manifestar sus habituales inquietudes... Una grave enfermedad lo retenía en su casa y el diagnóstico médico, transmutado en cruel sentencia, manifestó que el cadete Stack no volvería a cubrir bancadas.

A comienzos de mayo, una delegación caleuchana fue recibida en el hogar de Don Carlos, verificando su enorme decaimiento; no obstante, recurriendo a fuerzas de su propia debilidad, le escucharon aseverar, con verdadera entereza, que estaría presente en el próximo bogatún.

La visita de los connavegantes se repitió el día 19, esta vez sólo para constatar con amargura que las horas del enfermo estaban contadas... no obstante insistir que el 21 de mayo rendiría homenaje a la Armada de Chile. Diferentes los caleuchanos le pidieron no interfiriera su tratamiento, ya que si por

consejo médico debía quedarse en cama, sus connavegantes concurrirían a su lecho para conmemorar, en torno a él, tan esperado aniversario. Su enorme debilidad lo obligó a manifestarse conforme con aquella proposición que, en otras circunstancias, hubiera rechazado terminantemente.

Al término del Bogatún de Combate aquel 21 de mayo se organizó una delegación de hombres de mar, constituida por miembros de la Armada y cadetes del "Caleuche". Representaba a la Capitanía de Coquimbo su brigadier mayor, acompañado de tres connavegantes; la Armada se hizo presente por medio del capitán de navío Sr. Luis Eberhard que comandaba el petrolero "Almirante Montt" y tres de sus oficiales. Al entrar a la casa del enfermo un profundo silencio otorgaba el más cruel y funesto presagio... Don Carlos expiraba... Su esposa, reunida con sus hijos en una habitación contigua aguardando el fatal desenlace, los recibió sin esperanza alguna.

—¿Será prudente visitarlo?— balbuceó el que presidía la delegación caleuchana.

—Por supuesto— fue la respuesta de doña Julieta, agregando—, en la mañana antes de perder el habla, su mayor preocupación era recibir la visita del "Caleuche".

En mustio sigilo la delegación traspasó el acceso al dormitorio de Don Carlos, rodeando su lecho con aquella emotividad propia al momento vivido. El enfermo los contempló angustiado, pero sus ojos se iluminaron frente al brillar de las condecoraciones sobre el pecho de los uniformados y la presencia de sus amigos del "Caleuche". De improviso comenzó un discurso, cuyas palabras era imposible interpretar, pero por el brillo de sus pupilas, por el tremolar de sus labios y el débil accionar de una mano, los visitantes comprendieron que se dirigía a ellos, con expresiones profundamente sentidas y llenas de emotividad.

La respuesta fue una piadosa mentira; todos le aseguraron una pronta y feliz recuperación y abandonaron la sala contritos cuidando de no perturbar su dulce paz con el ruidoso pisar de sus calzados.

Momentos después el cadete Carlos Stack Valdés iniciaba su singladura hacia la eternidad (Q.E.P.D.).